

**MARTÍN VIVALDI, Elena**, Granada, 8.II.1907 - 9.III.1998. Poeta.

Fue la cuarta de ocho hijos nacidos del matrimonio de Elena Vivaldi Romero y José Martín Barrales, catedrático de Ginecología y Obstetricia, primer alcalde republicano de Granada y posteriormente Presidente de la Diputación. La infancia de Martín Vivaldi transcurrió en una casa ajardinada de la antigua calle Canales, que perteneció anteriormente a la familia de Francisco de Ayala y que rememora el escritor granadino en el libro *El jardín de las delicias*.

Nuestra poeta realiza los primeros pasos escolares en el cercano Colegio de «Riquelme» y luego completa su formación en el Instituto «Padre Suárez». Una vez finalizada la diplomatura en Magisterio, amplía estudios con la licenciatura en Filosofía y Letras (1931-1938), y experimenta un fugaz paso por la docencia que queda reflejado en una de sus dos únicas narraciones cortas: *Un día cualquiera*. Tras la muerte de su padre en 1939, se presenta a oposiciones al Cuerpo de Archiveros (Sección de Bibliotecas), y las ganará en 1942. Después de un breve periodo en la Biblioteca Pública de Huelva, se afianza varios años en Sevilla, concretamente desde 1943 a 1948. Durante esta etapa vive un amor de juventud, que dejará profunda huella en sus versos o al menos en la fase inicial de su obra.

En 1945 publica, en la colección granadina «Vientos del Sur», su primer poemario *Escalera de Luna. Diez décimas y tres sonetos para un rosario nostálgico de dolor*, dedicado a A. Gallego Burín. Pese a su tímida brevedad, el librito destella parte del clasicismo cimentador de toda esta poética, especialmente por la destreza en el manejo del soneto y la décima. Además del tratamiento melancólico y desengañado de la materia amorosa, es de destacar la interiorización del paisaje (*Puesta de sol*), sin eludir una débil pincelada religiosa (*Junto al río*), la expresión del mundo vegetal (*El árbol del jacarandá*) con una sensual proclividad hacia el plano-detalle (*Afición de la rosa*). Asimismo se han de tener en cuenta las tres composiciones que cierran el libro: *Soneto de un pensamiento viajero*, *Soneto de la desesperanza* y *Soneto de la oscura morada*.

En 1948, Elena Martín Vivaldi regresa de manera definitiva a su ciudad natal para trabajar en las bibliotecas de las facultades de Medicina y Farmacia, llegando a alcanzar el cargo de directora hasta su jubilación (1977). Durante la década de los cincuenta, se vincula al grupo poético *Versos al aire libre*, que, entre 1953 y 1956, centra sus actividades en las tertulias veraniegas del carmen de *Las tres estrellas* y en los encuentros en la Casa de América. Su nombre aparece en la histórica *Antología de la actual poesía granadina* (1957) de Víctor A. Catena, donde se establece, de alguna manera, la nómina esencial de los componentes: además de nuestra autora, Julio Alfredo Egea, José Carlos Gallardo, José G. Ladrón de Guevara, Rafael Guillén, Juan Gutiérrez Padiel y Miguel Ruiz del Castillo.

De esta época es uno de sus libros esenciales, *El alma desvelada* (1953). Aunque la huella de Juan Ramón destella desde el título, con el adjetivo «desvelado», Elena, como será habitual a lo largo de su trayectoria, sabe adaptar el material ajeno hasta dotarlo de un genuino perfil. La unidad conceptual es uno de los aspectos más definitorios de este poemario, que establece un emotivo discurso sobre la desolación amorosa, la soledad, el despecho y el silencio afectivo, al tiempo que va apuntando algunas importantes líneas maestras que se consolidarán en obras posteriores: la orientación plástica que ya se desprende del tratamiento del color (especialmente del amarillo), la ambivalencia semántica de la simbología del otoño (*Otoño fértil*, *Mañana de otoño* y *Otoño*) o la poderosa transcendentalización de la imagen del árbol (*Árbol sin nombre* y *Tilos*). Se percibe ya un desatendido vitalismo, o mejor, una enconada lucha

con el «toro de la vida», que se desarrolla con la proyección del «alma asombrada» sobre la agitada armonía cósmica, concebida con acentos casi panteístas, y que ha de confrontarse con la «saudade andaluza». La aceptación del irremisible estado de soledad, consustancial con la vida e indispensable para la acción creadora, por medio del cual se conquista paulatinamente la serena dignidad ante la propia existencia, ya se vislumbra en algunos de estos versos que apuntan hacia el siguiente poemario.

Habrà que esperar cinco años más, a finales de los cincuenta para que surja *Cumplida soledad* (1958), en la colección «Veleta al Sur», tan vinculada asimismo a los poetas de *Versos al aire libre*. Desde su primer cuarteto, el soneto *Destino* irradia el sentido general del libro, en el que, en palabras de E. Molina Campos, «la soledad le viene de fuera, impuesta por la vida como un destino inexorable ante el cual sólo cabe —sólo le cabe a la poeta— la suprema dignidad de asumirla y acatarla». El tono elegíaco se impone por el inflexible paso del tiempo (*Juventud, Amanecer, Este mayo o Es tarde ya*) y por el dolor existencial que aparece «como sed, ya dueña de la sangre, / como un temblor vacío de nuestras manos», según los versículos de *Y esta sed*, poema referencial junto a la extensa *Elegía a Celia Viñas*. Las imágenes de la noche y el mar no sólo se acrisolan en estas páginas sino que empiezan a desarrollar esa riqueza plurisignificacional que encierra el símbolo cuando es abordado por Martín Vivaldi. Junto a composiciones tan reseñables como *Cuando se anuncia la primavera*, despuntan algunos versos de marcado carácter metapoético (*Las palabras y Clímax*). En las tres poesías que cierran el volumen (*Contra ti, Soledad vencida y Aquí estoy con mi llanto*) vuelve a latir esa moral de resistencia y salvación, implícita siempre en el mismo acto creador: el cerco tenaz de la tristeza queda disipado, vencido, por el resonar de la belleza que «gritan los medios días / en campanas de fiesta» y el gozo secreto que destella «la tarde / asomada a una almena».

Con ello, se presagia ya, de alguna manera, el tono que domina *Arco en desenlace* (1963). Una exaltada transformación de brazos abiertos, de «verde rumor de manos transformadas // en hojas de constante primavera», se desprende del magnífico soneto inicial, *Dafne*, pórtico a partir del cual se exaltan selectos elementos naturales, extraídos siempre de esa ciudad omitida, agazapada, pero siempre sobrentendida, que es Granada. El yo lírico se complace en la lluvia y en la constante vegetal (*Glicinias con lluvia*), así como en el solitario perfil del árbol (*Ciprés, Almendros o Árbol de amor*). Se consolida el amarillo como símbolo, a un tiempo, de plenitud y de consumación, en los tres *Sonetos en amarillo* e igualmente se expresa un concepto de amor, vital, enérgico, negador del silencio y motor de la recepción sensual de la belleza, en la composición más extensa de toda la producción de nuestra poeta: *No es silencio un amor*.

Hemos de esperar cinco años más, para que Elena aborde, desde la exaltación de la naturaleza y en magnífica coherencia con el resto de su obra, el delicado tema de la maternidad frustrada, a través de *Materia de esperanza* (1968). La sólida conjunción entre arte menor y endecasílabo da presencia y auténtica entidad al hijo deseado y soñado, e impulsan el ansia por «alcanzar lo imposible», esto es, la auténtica «materia de esperanza». La escritura alivia el peso de la frustración al tiempo que da vida al ser imaginado que se encarna en los versos. Son los poemas, el libro, la obra en marcha, el auténtico hijo que brinda esperanza, concebido por y desde la soledad «cumplida» de una Elena, engendradora y madre, «criatura afortunada».

Con estos cinco títulos queda marcado el ritmo de publicaciones de nuestra poeta, impulsado tan sólo por una imperiosa necesidad interior, dominado por un profundo respeto hacia la letra impresa, hacia su propia obra y hacia el lector. Martín Vivaldi nunca deseó estar en candelero a través de títulos más o menos oportunos. La década de los setenta destaca al presentar, por un lado, tan sólo un título que hace

avanzar la trayectoria poética (*Durante este tiempo*, 1972), y, por otro, se caracteriza por una reconsideración de la obra propia a través de la antología *Soledad cumplida (1953-1976)* (1976) y por la aparición de versos rescatados de la primera época, esto es, de los años cuarenta (*Diario incompleto de abril [Homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer]* [1947], 1971; y *Primeros poemas [1942-1944]*, 1977). *Durante este tiempo* reúne material confeccionado entre 1964 y 1972. Es la obra de la que su autora se sentía más orgullosa y con la que logró romper tímidamente, como antes ocurrió con *El alma desvelada* (1953), el pétreo cerco editorial de la periferia, al ser acogida por la célebre colección barcelonesa «El Bardo», dirigida por José Batlló. El volumen, que guarda en todas sus páginas un perfecto equilibrio entre la contemporaneidad y lo clásico, está dedicado a «mis jóvenes amigos. Ellos y ellas saben sus nombres», algunos eran los que frecuentaban la tertulia del Café Suizo. Elena vuelve a incidir en la «soledad sin llanto». Frente a la exaltación de la naturaleza (*Abril, Aroma de unos tilos* o *Paisaje*), surge, de manera más rotunda que nunca, el tema de la muerte y la consumación (*Muerte-vida, Eternidad* y *Me estremece tu nombre*). Teniendo como telón de fondo el amor en su sentido más amplio, la sed existencial, el clamor universal, la autora se hermana con el sufrimiento ajeno cuyo flujo es recogido por el excelente poema final *Las ventanas iluminadas*.

Los años ochenta se inauguran con *Nocturnos* (1981). A pesar del rastro decimonónico y musical que acarrea su título, es una obra cargada de hondura y modernidad, la que mejor conectaba por entonces (y aún conecta) con la joven poesía en ciernes. La sólida simetría estructural que ordena las composiciones no es más que un firme deseo por organizar el caos interior que surge de la oscuridad y del insomnio. A través de una dulce fluidez, derivada de la soltura del verso libre, la autora ahonda en surcos ya marcados por *Durante este tiempo*. Se centra en sus imágenes más esenciales, manteniendo, en estado puro, ese neorromanticismo que preside toda su trayectoria y que aquí aparece como acto culminar, refrendado por la cita inicial de Novalis. *Nocturnos* es, pues, el libro del despojamiento final («Todo es noche en la noche»), del acabamiento, concebido cuando todo termina, como reza el soneto final. Se trata, en definitiva, de la noche del alma, una noche fronteriza, tan real como alegórica; «noche activa del sentido» y «noche activa del espíritu», noche sanjuanista, imaginada y sentida siempre desde esta orilla, despojada de lo religioso, pero colmada siempre de una exquisita espiritualidad.

Los dos volúmenes de *Tiempo a la orilla. 1942-1984* (1985) reúnen, salvo unas pocas composiciones excluidas, la obra de Martín Vivaldi escrita e impresa hasta la fecha, con el añadido de un importante *corpus* de poemas por entonces inéditos o publicados fuera de libro. Nuestra autora ya ha ofrecido lo esencial de su producción. Habría que añadir los siete sonetos de los *Desengaños de amor fingido*, creados en 1984 para la *Antología poética en honor de Soto de Rojas*, publicada por la Universidad de Granada, y que no aparecerán como título independiente hasta 1986, en Málaga. Después de 1985, Elena no publicó ningún poemario más, esto es, un libro de cierta extensión que, en su integridad, nos brindara de forma unitaria y estructurada versos inéditos. Sólo van apareciendo poemas sueltos, *plaquettes* o algún pliego. Siente que su obra está plena y concluida. Ya ha expresado todo lo que debía y de la forma precisa.

Durante este periodo, si exceptuamos los poemas intercalados en *Con sólo esta palabra (Homenajes a Federico García Lorca)* (1990), los inéditos incluidos en una antología (*Poemas*, 1994) o en alguna revista (*Litoral* o *El Ciervo*), sólo en contadas ocasiones, muy espaciadas en el tiempo, apareció, de forma independiente, material totalmente nuevo: *Jardín que fue...* (1985), *Canción de bodas* (1985), *La realidad soñada* (1995) y *Lejanías* (1996). Acaso una de las piezas más sugestivas de esta etapa

final sea el cuaderno de arte que realizara conjuntamente con el pintor José Manuel Darro, bajo el título *La realidad soñada*. Siete aguafuertes y siete poemas breves, inspirados o cercanos a la condensación semántica del *haiku*, dialogan sobre las fronteras entre la luz y la sombra. Finalmente, la interesante *plaque* titulada *Lejanías* (1996) está compuesta por cuatro composiciones, dedicadas a la memoria de E. Molina Campos, que, a su manera, emergen como otros «poemas de la consumación», escritos a la orilla de la extinción, en la noche de la existencia. Este hermoso homenaje al amigo fallecido es asimismo la emotiva despedida con la que Elena clausura definitivamente su itinerario. Dos años después de haber publicado *Lejanías*, muere la poeta.

La peculiaridad de toda esta obra se refuerza con la desubicación y la consiguiente omisión que ha sufrido Elena Martín Vivaldi en la historia de la poesía contemporánea andaluza y nacional. Por los datos que se desprenden de los manuscritos (sabemos que la composición más antigua data de 1930) y por la fecha de nacimiento (dos años antes que Luis Rosales), Martín Vivaldi pertenece sin paliativos a la generación del 36. Sin embargo, por el año en que aparece su primer libro (1945) y por su vinculación a los poetas de *Versos al aire libre*, se podría perfectamente situar entre los escritores de los 50. Esta independencia se refuerza al añadir la peculiaridad de su voz, que conecta, casi a manera de epígono, directamente con el legado del 27 (especialmente con Salinas y Guillen), así como con otros nombres constitutivos de la contemporaneidad (Bécquer, Juan Ramón y Antonio Machado). La poesía de Martín Vivaldi ha transcurrido siempre al margen de las modas y corrientes de su tiempo al tiempo que ha elaborado un universo propio, marcado por un abanico de temas muy identificables (el amor, la soledad, la sensibilidad ante naturaleza), que, a manera de carmen granadino, es tan cerrado en sí mismo como abierto a una rica gama de interpretaciones. Sin que existan nunca cambios de estilo hacia insospechadas experimentaciones, aparecen, al menos en lo formal, varias Elenas que conviven siempre dentro de una misma voz. Así, junto a la poeta que aprieta la sintaxis, acercándose a una evidente condensación guilleniana, nos encontramos con la que adopta mesuradas fórmulas arcaicas o con esa otra que, entregada al versículo, da rienda suelta a una lengua cercana, fluida y conversacional. Igualmente, manejada con indudable destreza significacional, una rica gama de símbolos, muy recurrentes y extraídos del legado de la tradición y la naturaleza (el otoño, la lluvia, los colores, el árbol, la luna, la noche, el jardín o el mar), hace de esta poesía una de las más imprescindibles de nuestra contemporaneidad literaria.

OBRAS DE ~: Poesía: *Obra poética*, ed. J. I. Fernández Dougnac, Valladolid, 2008. Prosa: *Los idiomas del silencio, y otros textos en prosa*, ed. de M. Martínez Gómez, Granada, 2005.

BIBL.: J. GUTIÉRREZ, *Manual de nostalgias. Invitación a la poesía de Elena Martín Vivaldi*, Granada, 1982; E. MOLINA CAMPOS, «Elena Martín Vivaldi y su obra poética», prólogo a E. Martín Vivaldi, *Tiempo a la orilla*, Granada, 1985, págs. IX-XXV; A. AMUSCO, «La poesía de Elena Martín Vivaldi en el centro de la soledad», *Hora de Poesía*, 34-35 (1998), págs. 159-164; M. MARTÍNEZ GÓMEZ, *Las hojas amarillas: introducción a la poesía de Elena Martín Vivaldi*, Granada, 2001; y Granada, 2007; E. MORÓN OLIVARES, *La palabra desvelada de Elena Martín Vivaldi: 1945-1953*, Granada, 2002.

J-I. F. D.